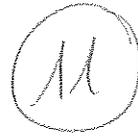


MADERA VIEJA

Lema: EDDA



I

Cuando pasé por primera vez al despacho sentí algo especial. Aquel iba a ser mi lugar de trabajo y tuve la certeza de que era un espacio cargado de fuerza positiva.

Sentí el frío en la piel y el vello se erizó produciéndome un escalofrío.

La sensación iba acompañada del olor a viejo que había experimentado en ocasiones cuando jugando había entrado en algún lugar deshabitado o tal vez era como pasar a una de las vetustas capillas de algunas viejas iglesias. Seguro que en todos aquellos lugares habían quedado guardados para siempre fragmentos de las vidas de muchas personas.

Rosa me ha dejado elegir la habitación que quisiera y ha sido esta, el despacho donde alguien habrá trabajado parte de su vida.

En un primer momento pensé en buscar algo con más luz, lejos de su ambiente pesado, de los viejos muebles que la ocupan pero después me he dado cuenta de que es el lugar ideal para realizar mis artículos y escribir novelas y relatos. Desde aquí, a través de Internet, irán hasta el periódico y las revistas para las que escribo.

Abro los ventanales que producen un crujido de daño y el aire frío del campo entra como si estuviera esperando desde hace mucho ese momento.

Hay algo aquí dentro que me atrae intensamente.

La primera vez que me ocurrió la experiencia que referiré quise creer que fue un sueño, tal vez alguna especie de trance producido por algún momento febril y me causó una cierta aversión hacia el despacho. Después he vencido esa aprensión, el miedo a lo desconocido y he buscado qué puede producir esa sensación. Creo haber encontrado que la impresión es provocada por la mesa de trabajo y tengo la seguridad de que no estoy loco.

Me he interesado por saber la madera de la que está hecha, pero no lo he conseguido. He consultado en los libros en busca de conocerlo infructuosamente aunque he considerado la posibilidad de que sea de cebil pero entiendo que es solo una simple curiosidad y no quiero, al menos de momento, mutilar alguna parte para llevar una muestra para que algún entendido me lo diga. Quizá más adelante invite a alguien a casa para ver si puede satisfacer mi investigación.

Fue una puerta abierta a otros lugares. En aquel rincón de un pueblo de la sierra había encontrado la máquina para moverme en el tiempo y el espacio y no era como hubiera podido imaginarla nadie. Era tan sencillo como un simple trozo de madera donde yo trabajaba cada día.

Ocurrió un viaje inesperado e imposible. Un túnel para alcanzar otros puntos del planeta a los que me lanzaba de forma sorpresiva e incontrolada.

Decidí que tenía que saber cómo se producía aquella magia y dirigir adónde ir y cuándo.

Llegó el momento, después de estudiar cada viaje minuciosamente, de viajar de forma intencionada, que no sea esa mano invisible la que me haga ir adonde quiera sin mi voluntad.

Esperé la hora apropiada, que consideré después de comer, cuando yo vuelvo a encerrarme para trabajar mientras que Rosa prefiere sentarse a leer en la penumbra de la salita e indefectiblemente se queda dormida.

De cualquier manera, he procurado aislarme, que no entre nadie en el despacho para romper, llamémosle magia, porque los efectos son imprevisibles o incluso ya no puedo volver al despacho porque en realidad mi cuerpo está en el lugar de destino.

Le he dicho a Rosa que si en alguna ocasión viniera alguien a visitarme no debe molestarme mientras esté trabajando, que diga que no estoy y ya me pondré en contacto con quien sea.

Hace unas semanas, Rosa entró en el despacho. Me encontraba retornando. Se rompió el camino que me traía de Varsovia. Perdí el conocimiento y me trasladaron al hospital donde estuve internado varios días. El dolor en el pecho y la cabeza fueron terribles durante algunas semanas.

Le dije, sin contemplaciones, que no volviera a entrar nunca en el

despacho mientras estuviera trabajando. No me importó que alegara que podía haber muerto si ella no hubiera llegado a tiempo, que era un desagradecido. Llevaba razón. Le pedí perdón y, a pesar de sus observaciones, insistí obstinadamente en mi petición.

Había entrado, como tantas veces, porque el editor necesitaba modificar el contenido del reportaje que estaba escribiendo y ella quería evitar que trabajara para nada.

A partir de ese día no olvidé pasar al despacho mi teléfono y el café, aparte de instalar un cerrojo para evitar visitas inoportunas.

Todo ha ocurrido siempre de la misma manera. Cada día comienzo mi trabajo y sin darme cuenta me encuentro en otro lugar como si hubiera abierto una sencilla puerta y saliera a la calle. En realidad no sé si transcurre un segundo o cuánto tiempo para llegar al lugar o volver. De esta forma he llegado a lugares inimaginables.

Me doy cuenta de que, controlando el viaje, las posibilidades son increíbles.

Hoy voy a hacer una prueba para saber si mis apreciaciones son ciertas e ir completando mis apuntes.

Voy a escribir un reportaje sobre Granada para una revista de viajes. He buscado la ciudad en un rudimentario mapa que he confeccionado como si el mundo fuera el tablero de la mesa y he elegido el punto donde creo que está situada la ciudad andaluza. Voy a intentar ir allí y sería una decepción equivocarme.

Ahora surgen las dudas: si estoy equivocado y no fuera el tablero, que la influencia se produjera por algún otro elemento del mobiliario o algo intangible que hay adentro.

Tengo que conservar la cordura.

El plano tiene que ser correcto y comienzo mi plan.

He viajado físicamente. Tengo que ajustar mucho más mis estudios para realizar con total exactitud mis viajes.

No transito mentalmente. Lo hago por completo: cuerpo y mente. No solo veo otro lugar, estoy allí y soy yo para hacer cualquier cosa. No sé cómo ocurre, pero abandono el despacho y me encuentro en un destino que se elige dependiendo de la colocación de mis manos en el tablero cuyos puntos físicos van cambiando dependiendo de la hora y las fases lunares.

Cuando hice los primeros viajes tuve miedo de no poder regresar a casa, de perderme en algún destino para siempre, pero mis idas y venidas me han hecho olvidar esa duda.

Las posibilidades que ofrece esta especie de juego son tan impresionantes que estoy deseando volver al despacho continuamente.

Paso cada vez más horas encerrado y muchas veces cierro los ojos y dejo que la providencia me lleve a algún destino inesperado. Después escribiré sobre el lugar al que he ido relatándolo junto con mis experiencias.

Procuro tener cuidado para mantener mi secreto en toda esta trama, sobre todo con Rosa, que parece no querer hacer caso a mis advertencias de que no quiero que nadie me moleste cuando estoy atareado, ni tan siquiera ella.

La primera vez que me ocurrió, tenía que escribir un reportaje y, en soledad, comencé a trabajar. Hubo un momento en el que me detuve pensando cómo continuar y entonces cogí la taza de café con ambas manos, como si quisiera calentarlas con el calor del líquido, y las dejé apoyadas en la mesa.

Fue como abrir y cerrar los ojos. Escuché el rumor de gente y mucho ruido por todos lados. Estaba en A Coruña, en la plaza de María Pita.

Nadie parecía haber reparado en mi aparición. Estaba en una zona oscura, apoyado en una fachada y sin saber dónde me encontraba. Cuando me sobrepuse al desconcierto y conseguí dominar los nervios, pregunté a unos chicos qué ciudad era aquella. Me miraron sorprendidos y me dijeron dónde me encontraba. Di un paseo por la ciudad y, de una forma inesperada, como había sido la ida, volví al despacho.

Me costó convencerme de que esa experiencia no había sido un sueño gracias a unas fotografías que había hecho con el móvil.

Tuve una primera intención de contar mi experiencia, pero inmediatamente lo reconsideré para ser el único que pudiera aprovechar sus posibilidades para mi trabajo y como conocimiento si aquello volvía a suceder.

Volvió a pasar al día siguiente y pude viajar desde mi despacho a los lugares que se elegían para mí y a los que estaba encantado de ir y pronto conocí los problemas que suponía que alguien entrara en el despacho mientras estaba en uno de aquellos viajes.

Una mañana, cuando todavía no estaba seguro de lo que ocurría, mi falta de previsión me hizo olvidar tener la precaución de que no pudiera entrar nadie en el despacho.

María, la mujer que nos ayuda ocasionalmente en las tareas del hogar, entró en el despacho mientras yo estaba en Huelva. Estuvo por allí suficiente tiempo para impedir mi regreso.

Sin saber qué hacer, fui a las dependencias municipales para que me ayudaran a volver a casa, pero cuando comenzaron a hacer preguntas, decidí que lo mejor era marcharme y regresé caminando. Llegué un mes después, con varios kilos menos, barba y sin decir a nadie absolutamente nada de lo que había ocurrido.

Rosa dudó de mis explicaciones y, finalmente, me obligó a ir a especialistas que no consiguieron saber, como yo sabía, lo que me había ocurrido.

Seguí con mi actividad sin importarme que Rosa se enfadara y mostrara su disconformidad sobre mi dedicación exclusiva a un trabajo que me absorbía cada día más y por primera vez me pidió que cambiara el mobiliario que a su parecer era agobiante.

Tuve que escribir un artículo ambientado en Nom Pen. Pasé un par de días escribiéndolo y se lo dejé a Rosa para que me dijera qué le parecía. Después de leerlo con detenimiento me miró fijamente.

-Juan, tú puedes decir lo que quieras, pero esto no lo has podido sacar de Internet, que alguien te lo haya detallado puede ser, pero, si no has estado allí, hacer este relato y conseguir esas fotos es imposible. ¿Has contratado a alguien?

Para alguien que no se prodigaba en viajar, comenzar a escribir sobre ello en revistas o realizar relatos relacionados con mis experiencias, ambientados con fotos de tantos lugares me obligó a esconder la realidad y negarme a dar ninguna explicación que fuera más allá de hablar de mis inexistentes colaboradores.

-¿No quieres contarme nada? -me preguntó Rosa.

-No.

-Tus trabajos son fascinantes. ¿Cómo puedes hacerlos desde la distancia?

-Ya sabes que no me muevo de aquí, que todo lo que hago es desde mi despacho y que allí, salvo café, libros y mi ordenador, junto con el silencio, no hay nada. Mis colaboradores tienen un gran protagonismo en el trabajo.

Ella sabía que lo que yo le decía era verdad, pero también que le ocultaba una realidad más o menos amplia y comprobarlo era ya, para ella, una obsesión.

No podía decirle que ambientar el relato de aquel espía en Camboya había ocurrido porque aquella mesa me había transportado hasta allí y yo había caminado por las calles de Nom Pen, que no había ido como lo hubiera hecho una persona normal sino mucho más rápido y había tomado notas, había comido allí, tratado con la gente y hecho fotos.

Y todo eso me ocurría desde que fuimos a vivir a esta casa y decidí utilizar para mi trabajo aquella dependencia.

Rosa fue arreglando una casa vacía, cambiando los muebles, excepto aquel despacho: cuatro sillas, unos cuadros, las estanterías, un arcón y la mesa. Llegó a decir que lo mejor sería tirar todo aquello en cuanto pudiéramos y que cambiaríamos los muebles para que yo pudiera estar más cómodo trabajando. Le dije que no lo hiciera, que era el mobiliario perfecto. No permitiría que destruyera la mesa que contenía el secreto.

II

A ella le disgusta cada vez más que pase tanto tiempo trabajando en el despacho. No puede entender que consuma casi todas las horas del día allí metido porque nuestro principal objetivo cuando dejamos la ciudad y buscamos aquella casa en un pueblo tan pequeño era cambiar nuestra forma de vida.

Estoy seguro de que odia el despacho, quizá toda la casa e incluso este pueblo al que vinimos pensando en vivir de una manera que nunca hemos alcanzado. Dice que mi trabajo, la soledad que me exige, está arruinando nuestra relación. En el momento en el que descubra plenamente las

posibilidades, los riesgos que pueda comportar mi descubrimiento, le contaré todo, sería muy gratificante viajar los dos juntos.

Dejo la habitación en penumbra y me siento. Coloco las manos donde localizo Milán. Las dejo apoyadas unos segundos y, sin darme cuenta, me encuentro muy cerca, a un par de kilómetros. También me he dado cuenta de que cuando transite por alguna calle oscura, el pasillo de una casa, una habitación vacía, cuando esté aislado en un transporte se producirá el retorno.

Cuando he vuelto, he intentado realizar el viaje de nuevo colocando las manos en los mismo parámetros pero me he desviado unos kilómetros, con esa prueba he conseguido saber casi con total seguridad el movimiento del plano, que es el tablero de la mesa, con el tiempo y así podré ajustar perfectamente los lugares, en cada momento, en el mapa que ya tengo diseñado.

Hoy, con el último intento, he conseguido estar en el mismo lugar dos veces en la misma tarde. Creo que ya lo tengo todo preparado para poder viajar a voluntad a esa copia del mundo que se significa en el tablero de la mesa.

Llaman a la puerta, es Rosa. Llevo mucho tiempo aquí y estoy agotado. He olvidado que no he comido nada en todo el día.

Abro y me mira con un gesto de extrañeza. Advierto su enfado.

-¡Ojalá nunca hubiéramos venido a este pueblo!

Busco una excusa. Voy a la mesa y le enseño el trabajo sobre Sudáfrica. Lo coge sin tan siquiera prestarle atención, lo deja caer y se marcha mientras yo la sigo a la cocina donde comeré algo.

-Volvamos a la ciudad. No quiero seguir viviendo en el pueblo.

Busco una excusa. Le hablo del dinero, por fin tenemos suficiente para vivir bien, para que pueda comprar lo que desee, pero ella insiste con todo eso de que la vida en la que pensaba no tiene nada que ver con lo que hago.

Me encojo de hombros. No quiero mentir y prefiero callar mis razones para estar todo el día en el despacho. Le hablaré de ello más adelante. Estoy seguro de que sería un problema que lo conociera en este momento. Quizá pronto pueda llevarla conmigo y todo será diferente entre nosotros.

He preguntado a la gente del pueblo por quienes vivían aquí, pero nadie sabe su paradero. Un día se marcharon y no se sabe nada de ellos. Los más fantasiosos dicen que los asesinaron.

Rosa compró la casa a través de una inmobiliaria que no sabe nada de ellos. No hay duda de que el misterio está servido.

-¿Qué te ocurre?

Me reprocha que nuestra marcha al pueblo era la tabla de salvación de nuestra rutina y desde que hemos ido allí la relación está peor que nunca.

Me deja solo en la cocina. Oigo la televisión. Tengo que buscar una salida que me permita soslayar el problema.

Le prometeré que en cuanto acabe con este trabajo nos iremos adonde ella quiera.

Me siento a su lado. Le doy un beso y le hablo de esas vacaciones en las que he pensado. Dejo que elija el lugar, tengo que ganar tiempo.

No digo nada cuando vuelve al tema de mi trabajo, al de los muebles de ese despacho que cada vez detesta más.

-¿Cuánto tiempo llevas sin salir de ahí?

-Estoy realizando unos artículos de investigación, urgentes, para una revista. Ganaré mucho dinero. Nos hace falta para pagar la casa.

-Ni tan siquiera has comido. Apenas duermes...

Lleva razón, he olvidado hasta la necesidad de comer. Tengo que reorganizar mi vida, que cada vez depende más de estar viviendo en el despacho. He estado sin comer muchas horas, pero el último viaje me había hecho olvidarme de todo.

-¿Hay otra mujer?

-No.

Recapacita y sabe que no hay motivo para sus dudas.

-¿Por qué no tiramos los muebles viejos que tienes en el despacho y compramos algo más actual, que sea funcional y yo también pueda trabajar a tu lado? Me gustaría cambiar este mobiliario vetusto que me desagrada.

-No.

Mi respuesta es radical. Tan solo pensar que pueda dañar mi mesa de trabajo me hace alterarme.

Le prometo que vamos a salir esa tarde a pasear, a tomar algo en el bar del pueblo.

Hoy hay luna llena. Podría ir a cualquier parte. No hago otra cosa que pensar en ello mientras paseamos. Iré mañana.

Hemos hecho una pequeña excursión y recorrido un pueblecito precioso

que hay en las proximidades y, finalmente, me ha pedido hacer un viaje que nos aleje durante un tiempo del pueblo y del trabajo que piensa que me abrumba. Me he negado, no quiero marcharme de aquí. Tengo todo lo que necesito y le sugiero que sea ella quien viaje a la ciudad para estar unos días con su familia y con los amigos. A su vuelta, iremos los dos juntos donde ella organice.

El tiempo hasta que se marcha se eterniza. En cuanto su coche se pierde de vista, no dejo escapar ni un segundo y vuelvo al despacho para sentarme y poner las manos en Nueva Delhi y realizo un trabajo perfecto, documentado con fotografías, para una importante revista.

Hace días que le doy vueltas a una idea que de resultar positiva sería fantástica.

Se trata de aprovechar el mapa para viajar en el tiempo. Considero que si ya conozco su funcionamiento tal vez pueda encontrar esa otra posibilidad. No pierdo nada por intentarlo. He pensado utilizar un calendario y un reloj y tenerlo en las manos cuando las coloque sobre el mapa.

He recorrido todo el pueblo hasta dar con un reloj antiguo que me ha vendido un vecino y he encontrado un calendario viejo en el sótano de la casa, al que he borrado el año para poner el que yo he considerado.

Por fin estoy preparado para hacer la prueba, pero tengo que regresar pronto porque he quedado con Rosa en que ella volvería a casa el día de San Juan y celebraríamos mi santo. No quiero que se enfade el mismo día de su regreso.

Quizá debería reflexionar sobre todo esto y realizar el intento en otro momento, pero la tentación es demasiado grande para posponerlo y decido que por entrar en mi otro mundo unas horas no va a ocurrir nada.

Lo tengo todo preparado, llevo una cámara de fotos y vídeo en miniatura, que no llame la atención, una pistola de balines, un reloj multifunción y me he vestido con una ropa adecuada.

Pongo la fecha, la hora que considero correcta y con ello, las manos en Ruán. Es el día en el que van a quemar a Juana de Arco en la hoguera.

Me encuentro en un callejón maloliente y compruebo que no estoy en mi época, que las vestimentas corresponden al momento que he buscado. La

emoción hace que la sangre arda en mis venas. Me mezclo con la muchedumbre para evidenciar que, quizá, con alguna hora de diferencia, estoy donde quería y me dirijo con un río de gente a la plaza donde está preparada la pira. Se escucha un griterío ensordecedor y aparecen los soldados llevándola. La atan y consigo estar casi en primera fila, el problema será sacar la cámara sin que nadie sienta curiosidad, pero intuyo que todos estarán mirando el fuego y podré hacer las fotos que quiera sin ningún problema.

Siento una emoción enorme, las lágrimas intentan escapar de los ojos y sé que soy la única persona del siglo veintiuno que ha vivido el momento. El único que podrá narrar, sin lugar a error, lo ocurrido. Juana está atada y acercan el fuego a la leña que hay a sus pies...

- ¡Juan!

Rosa recorre la casa y, finalmente, entra en el despacho buscándolo y comprueba que no está.

Deshace su equipaje y se sienta a esperar su regreso. Habían quedado en ir a ver quemar la hoguera en esa emblemática noche de San Juan.

Han pasado varias horas y no entiende que Juan no esté en casa.

Pronto encenderán la hoguera en la plaza.

Es cerca de la medianoche y Juan no ha vuelto. La gente pasa con cosas inservibles para echar a la hoguera. Esas cosas viejas de las que desprenderse para que surjan otras nuevas.

Rosa, enormemente enfadada, vuelve al despacho y piensa que allí pesa absolutamente todo, que, aunque Juan no quiera, hay que cambiar todo aquello y, sin pensarlo, llama a unos jóvenes que pasan por la calle.

-Haced el favor de llevar todos los muebles del despacho a la hoguera de la plaza.

Juan mira cómo Juana aguanta el suplicio sin saber que ya no habrá ningún callejón oscuro para encontrar el túnel de regreso mientras, muy lejos, Rosa sigue a los chicos para ver cómo arden todas esas cosas viejas que nadie quiere y mañana irá a la ciudad para comprar los muebles que seguro que serán mucho más cómodos para que Juan trabaje a gusto en el despacho.